

enormes dificultades. A este efecto, una de sus ponencias intentaba buscar ese camino desde *el conflicto a la convergencia de los métodos en exégesis bíblica*. ¿Noble intento o más bien actitud ecléctica y utópica? Por supuesto que no cabe duda que es un noble intento. Pero, en mi opinión, el *iter* conciliador no podrá obtenerse por una convergencia de los métodos si éstos pretenden mantener en su integridad los presupuestos que les dieron origen. Por el contrario, si se cambian los presupuestos, cambia el método.

Puede decirse que los planteamientos antes recensionados están aquejados por una gran laguna o defecto: las diversas comunicaciones dejan a un lado, o al menos no prestan suficiente atención, a lo que es constitutivo esencial de la Exégesis Bíblica, a saber, su carácter eminentemente teológico. Es evidente que la Sagrada Escritura, por ser palabra de Dios en lenguaje humano, concreto e históricamente dado, reviste las características de éste: es y debe ser objeto de estudio de las ciencias del hombre que puedan rellenar lo más posible el distanciamiento cultural entre un texto dado de la Biblia y el lector de cualquier época y cultura sucesivas. Así, el exégeta acudirá a la Historia para esclarecer el contexto socio-cultural del hagiógrafo y de los "primeros destinatarios"; recurrirá a la Lingüística para penetrar mejor en la comprensión de las relaciones entre pensamiento y lengua o habla; en una palabra, recurrirá a toda la cultura que posea y pueda adquirir para explicarse y explicar a los demás el texto bíblico. Pero lo esencial para la penetración de escrito sagrado será la fe —la *fides qua* y la *fides quae*— del exégeta y del lector y, por tanto, la lectura *teológica*, en conexión con la Iglesia viva, en el seno de la cual se escribieron los libros sagrados y en la vida de la cual siguen siendo Palabra viva.

J. M. CASCIARO

Josef SCHREINER y OTROS, *Introducción a los Métodos de la Exégesis Bíblica*, Barcelona, Edit. Herder ("Biblioteca Herder" vol. 138), 1974 (versión castellana de Rafael Puente de la orig. alemana *Einführung in die Methoden der biblischen Exegese*, Würzburg 1971) 416 pp., 14 × 21.

Un breve esquema histórico sobre la Exégesis del A.T. (cap. I, debido a J. Schreiner) y otro similar sobre el N.T. (cap II, J. B.

Bauer), seguidos de unas consideraciones generales desde el punto de vista hermenéutico sobre la exégesis histórico-crítica (cap. III, K. Lehmann), forman como una primera parte de carácter introductorio. Las épocas patristica, escolástica y renacentista son tratadas de paso, para interesarse en los últimos dos siglos de exégesis histórico-crítica, casi exclusivamente de lengua alemana.

Tras ello se entra en la parte substancial del libro, que abarca la mayoría de sus páginas y capítulos: preceden unas notas prácticas acerca de cómo han de ser leídos los capítulos que siguen para sacar el fruto pretendido (cap. IV, E. Zenger) y se entra propiamente en materia con el análisis paradigmático de dos pasajes, uno del A.T. y otro del N.T., según el arte de la crítica textual (cap. V, J. Schreiner); se ofrecen después sucesivos ejercicios acerca de la crítica literal, la formal y de los géneros, la crítica de la tradición y la de la redacción sobre un texto modelo del A.T. (cap. VI, E. Zenger) y otro del N.T. (cap. VII, A. Smitmans). Complemento de esta parte substancial es una exposición sobre el estado de los estudios acerca de las formas y géneros literarios en el A.T. (cap. VIII, Schreiner) y en el N.T. (cap. IX, H. Zimmermann).

Finalmente, una tercera parte, con carácter más bien de apéndice, ofrece una interesante síntesis sobre la metodología histórico-crítica para el uso de los escritos de Qumrân (cap. X, K. Müller), un elenco de los manuscritos y ediciones de los textos extrabíblicos de Qumrân (cap. XI, K. Müller) y un vocabulario técnico de los términos usuales en las ciencias bíblicas (cap. XI, G. Dietrich y A. Wolf), muy útil para el lector no iniciado.

El propósito que movió al Director del volumen ha sido ofrecer un *libro de trabajo* a cuantos quieren iniciarse en la interpretación de los textos bíblicos. Ese propósito inicial está bien conseguido. No abunda, en efecto, este género de libros de trabajo en ninguna de las literaturas, aunque podrían citarse unos pocos en lengua alemana, quizás no tan completos y prácticos. En español, el único precedente que conozco es el libro de Heinrich Zimmermann, *Los Métodos histórico-críticos en el N.T.* (Madrid 1969 [BAC n. 295] 305 pp., traducc. de G. Bravo del original alemán *Neutestamentliche Methodenlehre*, Stuttgart 1967. Cfr. la reseña bibliográfica que hice en "Scripta Theologica III, 1 [1971] 190-192), pero, como su mismo título indica, menos abarcante que el presente. La edición española del libro dirigido por J. Schreiner es espléndida y la traducción de R. Puente me parece muy

correcta y de indudable valor por la dificultad bien superada de trasladar a la lengua castellana una gran cantidad de tecnicismos de las ciencias bíblicas de la actualidad.

Rebasaría el espacio concedido a esta recensión la tarea de analizar, uno a uno, y valorar detenidamente los varios trabajos que incluye el volumen. Sólo podré dar una opinión muy breve y esquemática de cada uno de ellos. No carecen de interés los breves resúmenes de los caps. I y II, aunque se ciñen demasiado a la historia de la exégesis bíblica casi exclusivamente de autores y obras en lengua germánica, a partir del Renacimiento hasta nuestros días. No se ofrece, por el contrario, una presentación del valor y del puesto que hoy día es claro se debe conceder a la obra exegética de Santo Tomás de Aquino. Por su especial importancia se esperaba del cap. III una valoración general de los métodos histórico-críticos desde el punto de vista hermenéutico; pero su redactor, el teólogo K. Lehmann, ha optado por una postura sumamente cautelosa, tal vez por querer evitar polémicas con mis colegas los escrituristas. Sirva como ejemplo el siguiente párrafo:

“A causa de esta fundamental apertura del método histórico-crítico resulta casi imposible formular juicios de tipo general y abstracto fuera de su mismo ejercicio. Lo que tiene de verdad y lo que tiene de error es siempre algo concreto y sólo como tal se le puede enjuiciar con detalle” (pág. 61). Sin embargo y en contraste con esa opinión, hoy es clara la fuerte dosis de relativismo y positivismo filosóficos que lleva en sí, constitucionalmente, el método histórico-crítico.

Por lo que respecta a los caps. IV y V sólo tengo que hacer elogios: son breves, claros y precisos.

En cuanto al cap. VI, me parece igualmente de buena factura, salvo la instancia crítica de fondo: según el estudio que se lleva a cabo, el lector católico echará de menos la relación de tal ejercicio crítico con la divina inspiración de la Biblia; no porque éste carácter divino sea negado; simplemente, es marginado, sin asignarle función alguna a la hora de la interpretación del texto sagrado; aquí fe y trabajo exegético no se contraponen expresamente, pero tampoco se encuentran. Algo parecido habría que decir del cap. VII, aunque esta vez de modo mucho más severo. No puedo ocultar que me ha causado gran decepción que, tras 44 páginas de prolijos análisis de crítica histórica y literaria sobre el cap. XIV del Apocalipsis —tomado como ejemplo para aplicación de los citados métodos—, se concluya el trabajo con este párrafo desconcertante:

“El lugar que ocupa Ap 14 es, como hemos visto, el de transición hacia los textos que hablan de la consumación del juicio. Por eso no hay ya ningún tiempo. Es éste en último término el mensaje del libro entero (cfr. I, 1). El final es obra del Cordero. Actúan además las fuerzas celestiales y las fuerzas del mal. Hay poco espacio para una actuación del hombre. Su gloria consiste en rechazar la idolatría (v. 4s). Se le llama a que tema a Dios y le adore (v. 7), se le exhorta a la perseverancia (v. 12). Su felicidad consiste en morir en el Señor, palabras con las que se hace referencia al martirio (v. 13). Ciertamente que todo esto no es solamente algo pasivo. Pero falta cualquier responsabilidad frente al mundo y su historia, falta toda misión creadora en el tiempo. Es precisamente esto lo que se sigue a la hora histórica, de su fin y de su estar sometida a las fuerzas satánicas.

“Pero a nosotros se nos concede tiempo cada día. Así pues tenemos planteadas otras tareas que las que vio Juan. Al hablar concentrándose tanto en el final —es indiscutible que también nosotros estamos bajo la llamada exigente de ese final, y que viene “pronto”, ¡en este punto hay que escuchar a Juan!—, paga esa concentración con un estrechamiento visual que no podemos admitir. Aun cuando se piense que la historia del individuo y la del mundo no accederá a su nueva creación de forma paulatina sino solamente a través de la muerte, nuestro horizonte sigue siendo más ancho, de manera que el tiempo que nos queda tenemos que emplearlo con y para los demás” (págs. 251-252).

El cap. VIII nos ofrece una apretada síntesis de los géneros y formas del A.T., muy útil para una visión de conjunto del estado de las investigaciones en esa orientación. De manera semejante al anterior capítulo, también aquí debe señalarse como reparo la marginación de la inspiración divina de la S. Escritura; puede servir de referencia el párrafo final del estudio:

“sólo con un estudio cuidadoso y continuo de su modo de hablar (de los autores veterotestamentarios) es posible percibir y transmitir su testimonio, su lenguaje creyente y confiado acerca del Dios y Señor que, salvando y juzgando, obra la salvación de los hombres” (pág. 298).

Este párrafo puede suscribirse plenamente en cuanto a lo que afirma; no así en cuanto a lo que omite. En efecto, con él se recapitula cuanto se ha expuesto en el cap. VIII (pp. 253-298), dándole su sentido. No puede ponerse en duda que la determinación del género literario (y de la forma) es elemento sumamente importante (imprescindible a veces) como paso previo hacia la captación del sentido de un texto. Pero la sola determinación del género (y de la forma) no nos da el sentido. Más aún, si perdemos de nuestro horizonte la consideración fundamental de que en el texto el hagiógrafo no habla sólo *acerca del Dios y Señor*, sino que también *es Dios el que nos habla a través del hagiógrafo*; si perdemos de vista, digo, esta segunda consideración, habremos perdido de vista lo más importante del texto bíblico, lo que le distingue de los demás escritos salidos de la pluma del hombre, lo que ha dado su propia existencia y naturaleza a ese texto, lo que le constituye en *palabra de Dios* que nos compromete. Así, pues, si se pierde en el horizonte la divina inspiración de la Biblia, la clasificación y *serificación* de un texto entre otros muchos de su género (y forma) tienden fácilmente (o irremediablemente) a relativizar el contenido (el sentido) del texto; si se traspasan estos límites ciertos, ya no estaríamos propiamente en Exégesis bíblica, sino en otro ámbito: en una historia de la literatura antigua o del pensamiento humano.

Un reparo semajante habría que hacer al cap. IX, de temática paralela al anterior, pero concerniente al N.T., lo que hace la materia aún más delicada. En mi opinión, este capítulo es demasiado deudor de la *Formgeschichte*, al atribuir, por principio, un margen de creación a la comunidad que resulta desmedido, dejando en sordina la actividad de los hagiógrafos, el kérigma insoslayable de los Apóstoles y aun la misma predicación genuina de Jesucristo. No puede no dejarse de ver gravitando en este capítulo —y esto no es exclusivo de él— los postulados de un positivismo filosófico latente.

Finalmente, los dos últimos capítulos, dedicados a Qumrán, nos parecen excelentes, así como muy práctico y acertado el *Vocabulario técnico* que cierra el volumen.

Lo que sin duda suscitará la discusión sobre el presente libro es el punto de vista hermenéutico y la concepción de la Exégesis que entraña. Acerca de este aspecto habrá que subrayar que, después de unos dos siglos de intensos y laboriosos trabajos, hoy día parece evidente la constatación de que la exégesis histórico-crítica es insuficiente para llenar las necesidades del creyente, que no encuentra en ella, en la forma que se le ofrece, una ayuda

válida para penetrar en los contenidos doctrinales y espirituales de la Biblia, que son los que busca en definitiva. De ahí, entre otras cosas, que los métodos histórico-críticos no pueden considerarse los únicos para acceder a la lectura e inteligencia de la Sagrada Escritura. Pero en el libro que reseñamos no se contemplan como existentes en la actualidad más que los referidos: tal opción se observa a lo largo de todas las páginas y puede ser incluso sintomático el mismo título, que en su edición española no es sino traducción exacta del original alemán (*Einführung in die Methoden der biblischen Exegese*).

Nadie pone en duda la importancia de los métodos histórico-críticos para la Exégesis Bíblica, pero al mismo tiempo sería ingenuo pensar que ellos son la Exégesis. La escucha religiosa de lo que Dios nos dice en la Sagrada Escritura no se consigue sino mediante una sintonía con la Iglesia, a la que fueron entregados los escritos santos para que ella los guardara e interpretara. Sólo *in sinu Ecclesiae* puede el lector o intérprete de la Biblia salvar la distancia temporal y vital que le separa del texto sagrado, cuyo hondo sentido y exigencias se captan válidamente sólo estando inmerso en la vida de la Iglesia: en su Tradición, fe, doctrina, instituciones... Es ésta una cuestión que desborda obviamente el espacio de una reseña bibliográfica, pero que no podía pasarse por alto ante un libro de las características del que nos ocupa. Desde el punto de vista hermenéutico no puede negarse que el presente libro implica una reducción grave del concepto de Exégesis bíblica, a la que polariza en el campo de las ciencias históricas y literarias, en detrimento evidente de su natural campo de pertenencia, que son las ciencias propiamente teológicas.

Un segundo paso crítico sobre el presente libro está constituido por la concepción que ofrece de los propios métodos histórico-críticos: aquí me refiero principalmente a los caps. IV-VII y, en segundo lugar, a los VIII-IX). Hoy día se ha tomado conciencia de que no hay método crítico histórico o literario que sea verdaderamente "inocente" o aséptico. En otras palabras, es muy difícil separar un método dado de los presupuestos y opciones filosóficas que lo crearon e impulsaron. Es éste un magno problema con el que se ha enfrentado la Exégesis católica actual de la Biblia y que está por resolver. Se necesitará un gran esfuerzo continuado para darle las soluciones, y una muy potente mente crítica para conseguir un uso válido de la crítica histórica desarrollada al margen de las concepciones fundamentales de la divina inspiración de la Biblia y de su interpretación dentro de la Tra-

dición viva de la Iglesia. A cada paso de la aplicación de la *Form-TraditionundRedaktiongeschichte* se presentan tensiones con la misma concepción de la Sagrada Escritura, que no es posible relegar.

Por otro lado, cada método de interpretación se propone unos fines concretos ya de algún modo seleccionados de antemano, aunque quien lo emplea no sea siempre consciente de esa parcialidad. Los métodos histórico-críticos actuales tienen un interés primordial por la genética literaria del texto. Miran al texto bíblico como a un objeto distante y distinto del lector o intérprete, que desde esa instancia "crítica" que él piensa objetiva, juzga al texto como algo que le está sometido. Semejante interpretación no supera, podemos decir, el plano de la investigación histórica. Evidentemente, la Exégesis católica de la Biblia no puede reducirse a esos pasos preliminares. El exégeta, por el contrario, se sabe inmerso en la misma tradición viva a que pertenece el texto dado; de este modo la distancia que separa a texto y lector se ve acortada y desaparecida no pocas veces en una sintonía profunda de vida y de pensamiento —la fe—, que le hace escuchar en el texto la palabra de Dios que le interpela, llama, reprecende, consuela... En esta instancia hermenéutica, los métodos histórico-críticos se le presentan como un instrumental útil, pero secundario, para ayudarle a entender el texto sagrado, pero sabiendo que sólo le puede ayudar a recorrer una parte del camino, nada más, porque el interés se ha puesto mucho más allá de la genética, en el profundo sentido, siempre vigente, de lo que Dios le dice en expresión del lenguaje humano.

Pienso que los capítulos del libro que reseñamos han soslayado estas deficiencias de los métodos histórico-críticos al presentarnos una introducción a los mismos en la que se dejan atrapar un tanto por el brillo que envuelve la estrechez de los propios métodos. La lectura de este libro puede tal vez ser útil para quienes se proponen iniciarse seriamente en los estudios bíblicos si hacen esa lectura a su vez críticamente, con una visión más universal de la hermenéutica bíblica y teniendo en cuenta las deficiencias y reducciones graves de la exégesis que presentan los métodos expuestos, algunas de las cuales he intentado indicar.

J. M. CASCIARO